

Comentario a la Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate* de S.S. Francisco¹

**Pbro. Lic. Eduardo Lloveras
UFASTA**

En este documento reciente, el Papa Francisco nos ayuda a despejar la mirada, para poder contemplar sin complicaciones el misterio de la santidad cristiana. “Sin complicaciones” no significa “con total claridad”, ya que se trata del misterio de Dios, que no es alcanzable con la sola razón humana. Justamente uno de los males que el Papa ataca, para advertirnos, es el racionalismo, que mata el misterio. Con el afán de querer ver con claridad, el racionalista termina reduciendo el misterio a algo superficial e ineficaz –en el documento, el Papa se refiere a dos modos de racionalismo teológico muy vigentes hoy: el gnosticismo y al pelagianismo–. De esta visión reducida de la santidad que suelen presentar los racionalistas –fuera y dentro de la Iglesia–, se da como consecuencia que el mundo a veces entienda la santidad como “beatería”, es decir, como una moralina que no convence ni atrae. De ahí que algunos piensen también, que “la Iglesia va en retroceso”, llegando a esta conclusión a partir de mediciones también superficiales.

El Papa Francisco, en este magnífico documento, nos ayuda a profundizar en el misterio de la santidad. De la verdadera santidad, que es un llamado de Dios. Ese llamado que, detrás de Jesús muerto y resucitado, siguieron tantos y ha generado –y sigue generando– ese gran movimiento de místicos, poetas y luchadores, que llamamos simplemente “los santos”. Ellos nos siguen cautivando. Su nombre y su fama atraviesa los siglos y llega a nuestros días. Conocemos más sus nombres, que los nombres de sus coetáneos ricos y poderosos, cuya fama fue fugaz, hoy en su mayoría han sido olvidados. Y si nos detenemos a indagar en las vidas de los santos, descubrimos la aventura fascinante que significa el camino de la santidad. Historias de luchas y fracasos, siempre signadas por la victoria. Una victoria que es humana y también sobrehumana: es la victoria de Cristo. Es una victoria también misteriosa, y esto también fascina y atrae. San Pablo hablaba de la “gloria de la Cruz”, de la victoria de la Cruz. Una victoria tocada de fracaso y humillación, pero que se vuelve por el poder divino, victoria eterna e intocable.

Pero el Papa quiso comenzar su exhortación refiriéndose no solo a estos santos del pasado. Su primera y más importante intención es recordarnos una verdad bastante olvidada: Dios nos llama a todos al ser santos. Al terminar la exhortación, repite esto: pide a la Iglesia motivar en todos los hombres el deseo de la santidad. Todos estamos llamados a la aventura de la santidad, no nos quiere Dios meros espectadores. Y es que

¹ Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate* del Santo Padre Francisco sobre el llamado a la santidad en el mundo actual (19 de marzo de 2018). Disponible en:
http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html

para eso su Hijo se hizo carne. Jesús, Dios y hombre, es signo vivo y eterno, que grita desde la Cruz a toda criatura humana: ¡Levántate! Tú también estás hecho para ser santo. Deja tu aburrida rutina de individualismo –que te aburre porque no estás hecho para eso- y sígueme en el camino de la Cruz. La Cruz que es símbolo de entrega total por amor a Dios y a los hombres. ¡Para eso has sido hecho! Y en el cumplimiento de esa misión encontrarás tu felicidad.

La Exhortación contiene cinco capítulos, que señalan un camino de descubrimiento – o redescubrimiento- de la verdadera santidad cristiana, y que se resumen en siete exhortaciones que el Papa Francisco nos dirige, en segunda persona, a lo largo de su exposición. Estas exhortaciones indican la intención del Papa, que no es solamente exponer un tema, sino que se dirige a nosotros, en un diálogo que nos interpela. Veamos qué nos dice:

1ª.- Exhortación a la santidad (GE 15):

Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: “Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor”. En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, “como novia que se adorna con sus joyas” (Is 61,10).

2ª.- Exhortación a descubrir la vida como una misión (GE 23-24):

Esto es un fuerte llamado de atención para todos nosotros. Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy... Ojalá puedas reconocer cuál es esa palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida. Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu, para que eso sea posible, y así tu preciosa misión no se malogrará. El Señor la cumplirá también en medio de tus errores y malos momentos, con tal que no abandones el camino del amor y estés siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina.

3ª.- Exhortación a vivir las bienaventuranzas (GE 97):

Ante la contundencia de estos pedidos de Jesús es mi deber rogar a los cristianos que los acepten y reciban con sincera apertura, “*sine glossa*”, es decir, sin comentario, sin elucubraciones y excusas que les quiten fuerza. El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias suyas, porque la misericordia es “el corazón palpitante del Evangelio”.

4ª.- Exhortación a no vacilar ante el llamado del Espíritu Santo (GE 139):

Pidamos al Señor la gracia de no vacilar cuando el Espíritu nos reclame que demos un paso adelante, pidamos el valor apostólico de comunicar el Evangelio a los demás y de renunciar a hacer de nuestra vida cristiana un museo de recuerdos. En todo caso, dejemos que el Espíritu Santo nos haga contemplar la historia en la clave de Jesús resucitado. De ese modo la Iglesia, en lugar de estancarse, podrá seguir adelante acogiendo las sorpresas del Señor.

5ª.- Exhortación –de Jesús- a vivir la unidad, contra el individualismo consumista (GE 146):

En contra de la tendencia al individualismo consumista que termina aislándonos en la búsqueda del bienestar al margen de los demás, nuestro camino de santificación no puede dejar de identificarnos con aquel deseo de Jesús: “Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti” (Jn 17,21).

6ª.- Exhortación a contemplar el rostro de Cristo (GE 151):

Recordemos que “es la contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado la que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las fatigas de la vida, o marcada por el pecado. No hay que domesticar el poder del rostro de Cristo”. Entonces, me atrevo a preguntarte: ¿Hay momentos en los que te pones en su presencia en silencio, permaneces con él sin prisas, y te dejas mirar por él? ¿Dejas que su fuego inflame tu corazón? Si no le permites que él alimente el calor de su amor y de su ternura, no tendrás fuego, y así ¿cómo podrás inflamar el corazón de los demás con tu testimonio y tus palabras? Y si ante el rostro de Cristo todavía no logras dejarte sanar y transformar, entonces penetra en las entrañas del Señor, entra en sus llagas, porque allí tiene su sede la misericordia divina.

7ª.- Exhortación a no dejar de hacer el examen de conciencia cotidiano (GE 169):

El discernimiento no solo es necesario en momentos extraordinarios, o cuando hay que resolver problemas graves, o cuando hay que tomar una decisión crucial. Es un instrumento de lucha para seguir mejor al Señor. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer. Muchas veces esto se juega en lo pequeño, en lo que parece irrelevante, porque la magnanimidad se muestra en lo simple y en lo cotidiano. Se trata de no tener límites para lo grande, para lo mejor y más bello, pero al mismo tiempo concentrados en lo pequeño, en la entrega de hoy. Por tanto, pido a todos los cristianos que no dejen de hacer cada día, en diálogo con el Señor que nos ama, un sincero “examen de conciencia”. Al mismo tiempo, el discernimiento nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en las buenas intenciones.

En esta voz del pastor vicario de Cristo, está la voz del Buen Pastor que dio la vida por sus ovejas, Jesucristo Nuestro Señor. Obedezcámosle.

Quien haya leído ya la Exhortación, me dirá que esta breve presentación no llega a referirse a algunos títulos indispensables del documento. Y es verdad, pero no es este el cometido. Y es que, aunque se trata de un texto no muy extenso, sin embargo, tiene una densidad tal, que vale la pena no solo leerlo, sino hacerlo varias veces y detenidamente. La teología espiritual aprovechará este documento magisterial tan necesario para nuestro tiempo, para orientar estudios de moral y espiritualidad. Pero creemos que este

documento es muy valioso sobre todo para la formación y la vida de las distintas comunidades cristianas, que podrán nutrirse de una guía segura, en tiempos de tanta confusión.

Como lo hace el Papa Francisco al final de la Exhortación, y con sus mismas palabras, termino esta breve presentación poniendo la mirada en María, imagen viva y luminosa de la Jerusalén celestial:

Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: “Dios te salve, María...” (GE 176).